

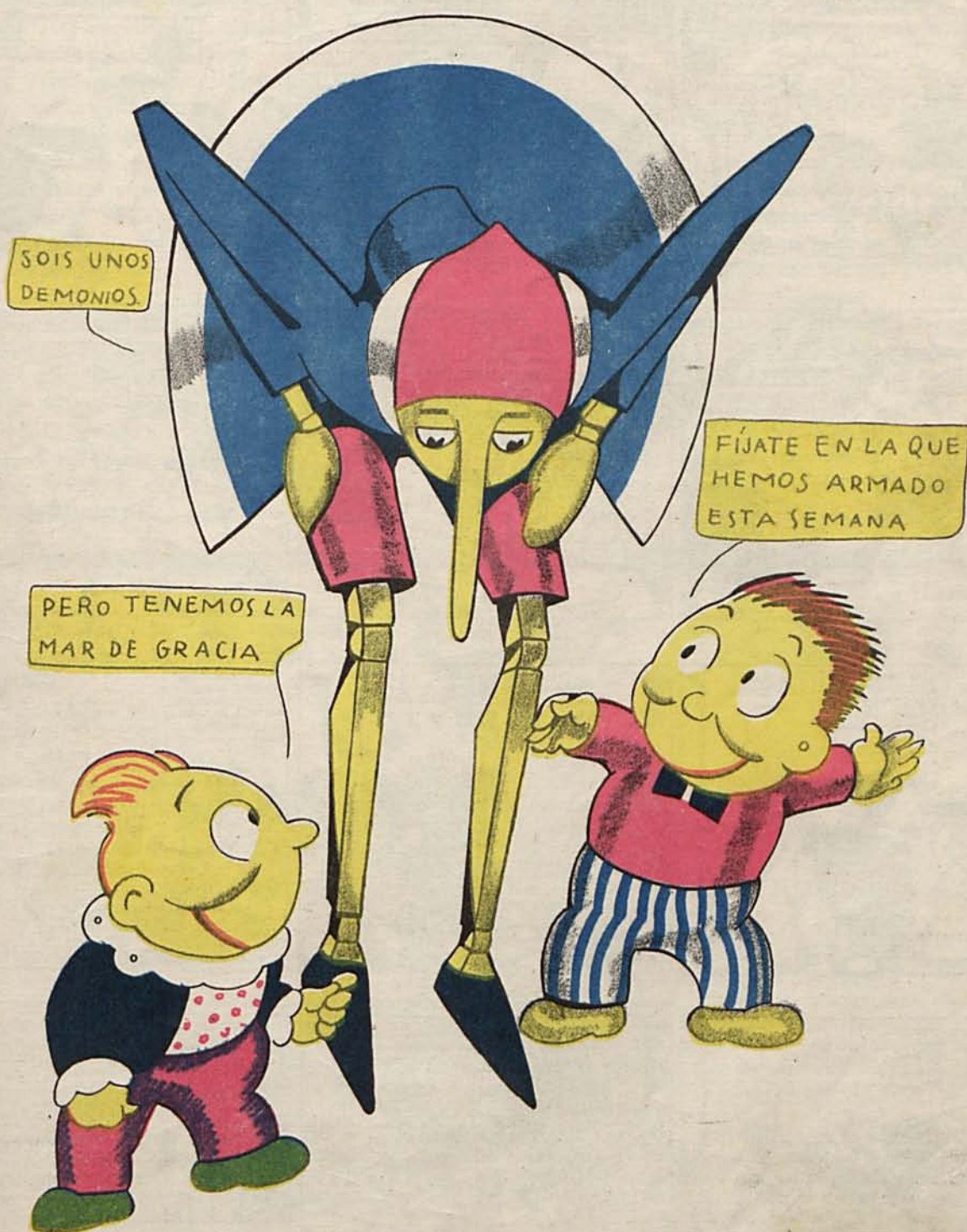
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 61

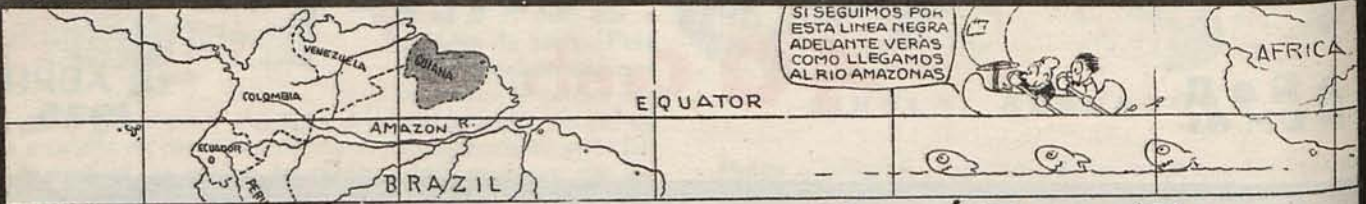
40 Cents.

18 ABRIL
1926

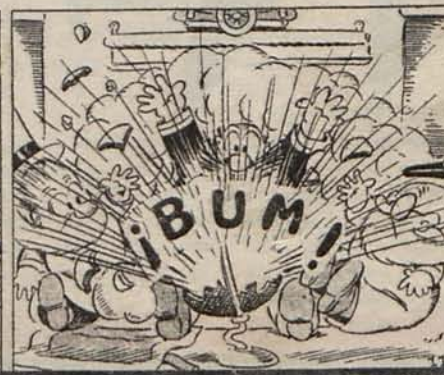
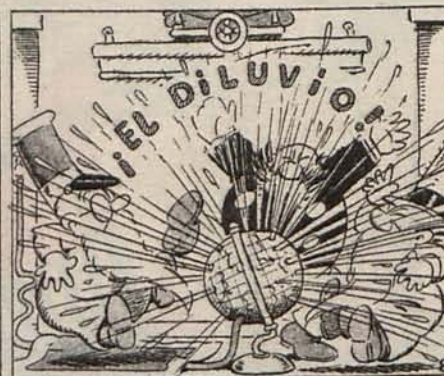


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PINOCHO Y LOS DEPORTES

Triunfos en Guantánamo.

El «Infantil», equipo de la Universidad, se niega a jugar contra el «Athlétic Pinocho».

Se inauguró el Stadium «Guantánamo». Roleaux Seguro ganó. Luis Sardiña ganó también.

Otras notas:

El «Universidad» se negó a jugar contra el «Athlétic Pinocho» porque dice su capitán que sus jugadores no estaban entrenados. ¡Vaya! ¿Por eso? Los del «Pinocho» tampoco estaban entrenados.

Se ha inaugurado, ayer por la noche, el Stadium de boxeo «Guantánamo». Después de los preliminares boxearon Roleaux Seguro, campeón Litheavyweight de Cuba, y también lo es de Heavyweight, contra Spaning Galo Caballero, que es campeón de las Villas. Primer «round»: Seguro le tira golpes a Caballero; se van sobre las sogas; el campeón de Cuba le tira un golpe a Caballero en la quijada y otro en el corazón; Caballero cae y el «réferee» le cuenta diez. Los fanáticos gritan, tiran las almohadillas a Caballero, diciendo que estaba vendido.

Luis Sardiña, en los preliminares, a un indio.

Próximo domingo Roleaux Seguro y un americano, que desafió al que ganaba entre Roleaux y Caballero.

Campeonato de fútbol de Cuba:

El «Iberia» derrotó a la «Juventud As-turiana», en la Habana, por 1-0. El goal lo metió Edelmiro de una manera limpia.

El «Cataluña», también en la Habana,

derrotó por 5 a 2 al Vigo. El «Centro Gallego» y el «Olimpia» están en el primer lugar, y el «Iberia» en el segundo.

En Santiago de Cuba, Lasker, campeón de Ajedrez de Chicago, hizo tablas con Romero, campeón de Camagüey.

PENALTY.

En Buenos Aires.

La noticia colosal del día: En estos momentos, «Pinocho F. C.» ha batido a «Estudiantil Pinocho» por 5 a 0.

Demás está decirlo, que en el día de hoy aquí reina un entusiasmo grandioso, pues ese partido había despertado un interés enorme y colosal. El partido, a pesar del elevado «score», fué parejo, y hubo mucho entusiasmo.

«Pinocho Juniors» batió también al «Sp. Chapete» por 2 a 1.

Estimable «Muñeco»: con esto te he querido adelantar en algo el resultado, pues te será interesante.

MISTER BULL.



JOSÉ PLANAS
Defensa del Barcelona F. C.
(Visto por Ruiz.)

¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



- Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
- Hoy quisiera saber, amigo Buho, por qué se marchita la sensitiva cuando se toca.
- Sin duda alguna, porque sienten...
- ¿Como nosotros?
- Esa es la creencia vulgar. Pero no creas que las sensitivas sienten como nosotros. Hay una gran diferencia entre los movimientos que ejecuta un niño, por ejemplo, cuando se le toca, y los movimientos efectuados por las sensitivas.
- ¿Estás seguro?
- Imagínate a un niño dormido, al cual pasas por la cara una pluma. Es seguro que el niño se moverá, sin despertar, al tocarle en el rostro. Los movimientos serán, desde luego, muy distintos de los que ejecutaría despierto. Pues parecidos a ellos, a los que realiza el niño dormido, son, seguramente, los movimientos de la sensitiva.
- Ya comprendo.
- Por otra parte, las plantas no pueden moverse como nosotros porque carecen de músculos. Tienen, eso sí, fibras elásticas, y éstas son las que le facilitan los movimientos.
- ¿Y no tendrán nervios las plantas?
- Ya hemos quedado en que las plantas carecen de ellos. Sin embargo, desde poco tiempo a esta parte, comienzan a opinar algunos sabios que las plantas, aunque muy distintos a los nuestros, tienen sus nervios.
- ¡Caramba!

- Has de saber, mi querido Chonón, que la sensitiva no se contrae porque sí, inútilmente. Todo lo contrario: sus movimientos son de suma conveniencia, pues cerrándose la sensitiva, al ser tocada, se pone al abrigo de lo que pudiera ocurrirle.
- Comprendido, querido Buho. Pero ahora...
- ¿Qué, Chonón?
- ¿Quisieras contestarme a la siguiente pregunta?
- ¿Cuál?
- ¿Por qué no existen flores verdes?
- Muy larga tiene que ser la respuesta, y hoy no hay tiempo para tanto. Sin embargo, te contestaré brevemente. Has de saber que entre la planta en sí y su flor hay una diferencia marcadísima. Las hojas sirven para tomar del aire lo que necesita la planta; la flor, en cambio, para la creación de nuevas plantas.
- ¿Por qué no son verdes las flores?
- Si las flores fueran, como lo demás de la planta, verdes, no se distinguirían del resto de ésta, y los insectos no se posarían en las flores, las cuales precisan, para crear nuevas plantas, que dichos insectos traigan de otras partes sustancias indispensables. Tienen que ser las flores, por consiguiente, llamativas. ¿Comprendido?
- Comprendido.
- Otro día te hablaré con más extensión del color, forma y función de las flores.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Sí, llegará; pero será en tiempo muy lejano. Aún hay inmensas regiones ricas en carbón que no han sido trabajadas por el pico del minero: en China, en América del Sur y en el África central y meridional. ¡Y quién sabe, además, lo que para esa lejana fecha habrá inventado el genio humano! Dentro de doscientos o trescientos años no habrá necesidad quizá de usar carbón, pues bastará acaso usar del calor solar para poner en movimiento las máquinas de todo el mundo.

—Volvamos a la canoa, Vicente. Exploremos el lago y la orilla opuesta.

Iban ya a abandonar aquella grieta de la que partían las llamas, cuando oyeron a Miguel, que gritaba con acento aterrorizado:

—¡Patrón!... ¡Doctor!... ¡Venid!

—Vayamos allá. ¿Qué pasa?

—¡Hay un cadáver que flota en medio del lago!

—¡Un cadáver! —exclamaron el señor Bandi y el marinero, lanzándose hacia la playa.

—Ahora lo hemos descubierto —dijo Roberto.

—Arrastrarlo hasta la orilla —dijo Vicente.

Cuando llegaron a la pequeña ensenada que servía de refugio a la canoa, Miguel y Roberto habían sacado el cadáver y le habían tendido sobre la arena.

Los cuatro se inclinaron sobre aquel desgraciado y le observaban atentamente.

El cadáver era de un joven cillo robusto, de unos veinte años, alto y de robustos miembros. Tenía el cabello rubio, quemado en partes; la piel de la cara la tenía levantada por el fuego, y sus carnes estaban ennegrecidas como si hubiesen sido envueltas por las llamas.

Sus ropas, de paño grueso, de color azul turquí, estaban chamuscadas y rotas; y la roja faja que le ceñía la cintura se había despedazado.

—¿Quién será este desgraciado? —dijo Vicente, con voz conmovida.

—Registrarle los bolsillos —dijo el doctor.

Miguel obedeció con cierta repugnancia y encontró un cuchillo de maniobras, como el que emplean los gavieros; además, una pipa y una bolsa de tabaco casi vacía.

—¿No tiene ninguna carta? —dijo Vicente.

—Ninguna, doctor —dijo Miguel.

—¿Que no podamos saber quiénes eran los que iban delante de nosotros! —dijo el doctor con cólera.

—¿Cuánto tiempo hará que ha muerto este hombre? —preguntó Vicente.

—Dos o tres horas, nada más.

—Entonces es una víctima de la explosión.

—No hay lugar a dudas. Ved si no su cuerpo lleno de quemaduras.

—¿Será un italiano?

—Dudo que lo sea, Vicente.

—¿Por qué?

—Por sus facciones y el color de sus cabellos. Más me parece un eslavo que un italiano.

—Entonces nadie sino Simón puede haberlo traído consigo.

—Eso sospecho también yo.

—¿Se habrá salvado ese bribón?

—¿Quién lo puede saber?

—Tenemos que buscar aún más, doctor.

—Exploremos todo el lago.

—¿Habéis sondeado el fondo? —preguntó Vicente a los pescadores.

—Sí —contestó Miguel—; no mide más que cinco pies de profundidad.

—Embarquémonos.

—¿Qué hacemos de este cadáver? —preguntó Roberto.

—No tenemos picos para cavar una fosa en el carbón —dijo el doctor—. Lo mejor será que lo dejemos donde está.

Saltaron a la canoa, encendieron otra lámpara de seguridad, que colocaron a popa, y se retiraron sondeando de vez en cuando las aguas. Aquella exploración no dió al principio ningún resultado; pero al dirigirse hacia la abertura que daba al canal, vieron flotar algo a pocos pasos de una roca carbonífera.

—¡Otro cadáver! —exclamó Vicente, agarrando un bichero.

No se había equivocado. Era otro cadáver; un hombre como de cincuenta años, vestido de paño azul; sus cabellos, rizados, casi habían desaparecido por el fuego, y sus carnes habían quedado también abrasadas, en un estado lamentable.

—No es Simón —dijo Vicente, soltando el cadáver—. ¿Nos habremos equivocado?

—Aquellos hombres eran tres —dijo Roberto—. Hay que hacer por encontrar el último, para tener la seguridad de que sea o no el esclavo.

Continuaron registrando, dando diferentes vueltas en torno de la mina, y convencidos por fin de que el tercer individuo pudo escapar de la catástrofe, volvieron al canal.

Apenas hubieron pasado la entrada, oyeron a Miguel, que gritaba:

—¡El farol rojo, otra vez!

CAPITULO XV

LA VENGANZA DEL ESLAVO

El pescador no se había engañado.

En lontananza, bajo las bóvedas tenebrosas de la inmensa galería, se veía centellear aún el punto luminoso de luz rojiza que habían visto ya antes en la gran caverna.

¿A qué distancia se hallaba de ellos? Era imposible saberlo con precisión; pero según el cálculo de los pescadores, tan habituados a medir por millas aun durante las noches más oscuras, no debía distar más de una legua.

Aquel punto luminoso indicaba claramente que no habían perecido en la catástrofe todos los hombres que estaban delante de ellos en el canal subterráneo cuando ocurrió la explosión.

¿Cuántos eran los que quedaban vivos? ¿Uno solo o varios? Las huellas encontradas junto a la fuente de fuego eran de tres personas, pero pudiera ser que alguna no hubiese desembarcado.

—¡Por un millón de merluzas! —exclamó Vicente—. Somos cuatro y tenemos una buena canoa; podremos alcanzar pronto a esos misteriosos personajes. No creo que sean aún tantos que puedan competir con nosotros.

—Ni yo tampoco lo creo —dijo el doctor, que miraba con su anteojo al punto luminoso para ver si brillaba sobre una canoa o sobre una balsa.

—Si damos firme a los remos les alcanzaremos pronto. ¿Os parece que van muy de prisa?

—A mí me parece que están inmóviles.

(Continuará en el número próximo.)





EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

«Esta mañana mi yerno se ha levantado y hemos hablado de nuestras cosas; ha querido tomar el partido del Califa contra nosotros. ¿Qué tiene que mezclarse en esto un beduino del desierto, un jefe de bandoleros; porque sin duda él lo es? Yo le he dicho bastante; como que ha terminado conviniendo que el Califa había hecho mal. Lo más particular es que él ha dicho que salía y que iba a intrigar para que hablaran al Sultán en favor nuestro.

Ahí tienes al protector que nos ha salido. Sin embargo, todo no es malo en él; me ha dejado entrever que se corregiría; pero, a pesar de esto, yo estoy con mucho sentimiento por haber entregado mi hija a un bandolero, a un desgraciado de su condición».

Mientras que la madre de Chemaleddin hablaba, su hijo caía de un asombro en otro. ¡Un ladrón haciendo tantas cosas y tan extraordinarias en medio de Bagdad, y al descubrirlo! ¡Mandar a un cadí que viene hasta descalzo! ¡Amueblar en un día un aposento, en donde podría hospedarse el Califa mismo! ¡Escapar a las pesquisas y a la persecución de trescientos oficiales de la justicia, valiéndose de un talismán!

Había, en efecto, en todo aquello materia para confundir a la misma sabiduría. Sin embargo, por las gestiones del lugarteniente del jefe de policía contra el autor de tales maravillas, parecía demostrado que el hombre perseguido por la justicia era indudablemente un ladrón.

—Madre mía —contestó Chemaleddin—, en tu relato todo tiene a la vez el carácter de la verdad y de la inverosimilitud, y llega a producirme confusión. Pero, ¿cómo has podido entregar tu hija a un ladrón?

—¡Ah! ¡La miseria, la miseria! —gritaba, excusándose Omajair.

—Este bandido —replicó Chemaleddin— ha abusado de vuestra situación; pero, por favor del cielo, todo ha cambiado, y, viviendo yo, mi hermana no ha podido casarse sin mi consentimiento. Tengo en mi favor la ley y al Califa, y juro por la Caaba (1) que, si vuestro bandolero se presenta aquí, lo trataré como se merece.

Y, al decir esto, Chemaleddin echaba mano al puño de su cimitarra: sus ojos centellantes hacían temblar de espanto a la tierna y tímida Racunia.

—¡Cuántas calamidades! —exclamó la madre—. Y todo esto no habría sucedido si el Califa te hubiese hecho justicia un día antes: nosotras no habríamos tenido la desgracia de vernos forzadas a tender la mano para poder comer a este ladrón de *Albunducani*.

—¿Qué nombre dices, madre mía? —preguntó Chemaleddin, con cierta inquietud.

—El nombre de mi yerno —contestó Omajair— *Albunducani*, *Albunducani*. ¿Lo he dicho ya bastante?

—¿Y es éste, madre mía, el que se ha casado con mi hermana?

—Toma, si no basta con decírtelo, lee en el contrato; aquí lo tienes con todas sus letras: *Contrato de matrimonio entre Racunia, hija de la viuda Omajair y Albunducani*.

Al ver esto, Chemaleddin se prosternó precipitadamente en tierra; la madre soltó una carcajada.

—¡Ah, valiente! ¡También tú te has dejado conmovér! ¡Prosternado en tierra lo mismo, lo mismo que los otros! ¡Saca, saca tu sable ahora! ¡Oh, el poderoso nombre de mi yerno! Yo estoy muy satisfecha de conocerlo. Esperamos de un día para otro la caravana de la Meca: saldré a su encuentro, diré en altas voces el nombre de mi yerno, y al momento veré a la India, a la Armenia, a la Persia, al Egipto y a los pueblos de Occidente, doblar la rodilla ante él. Yo no perdonaré ni un sólo camello. ¡Vamos! ¿Aún tienes la cara en tierra? ¡Levántate, mi león abatido; abandona tus babuchas, rasga tu vestidura, haz otras mil extravagancias! Tienes fácil excusa: yo te he dicho el nombre mágico que trastorna todas las cabezas. Y eso que me falta el anillo que también conmueve las entrañas. ¡Levántate, pues! ¡Te lo ordeno en nombre de *Albunducani*!

(1) Templo de la Meca.

—¡Sí, madre mía, sí! —dijo Chemaleddin—. Yo me levantaré por este nombre, al cual todo lo que está sobre la tierra respeta u obedece; yo doy gracias al Altísimo por las bendiciones de que acaba de colmar a nuestra familia, dando a mi hermana por esposo, al Príncipe de los creyentes, al rey de los reyes, al sabio y magnánimo Harún Arraxid: porque tu yerno *Albunducani* es el Califa en persona.

¡Ah miserable de mí! —exclamó aterrada Omajair—. ¿Dónde encontraré una caverna para esconderme? Le he dicho, con motivo de tu prisión y por nuestra cuenta, mil horrores de él mismo.

—¿Le has dicho en todo la verdad? —replicó Chemaleddin—. Porque aún cuando él esté por encima de los hombres, es hombre también, y se puede hablar mal de él.

—Yo no he inventado nada —contestó Omajair—; no he hablado más que de nosotros.

—Pues entonces ya ves —dijo el joven— el mal que te ha venido por lo que me ha pasado. Esto me ha valido, juntamente con la libertad, el cargo de jefe de los emires. Aquí ves como un hombre grande se venga de una verdad dura, pero útil.

En esto, apareció Mésur, anunciando la llegada del Califa. La buena madre quería ir a esconderse, pero Chemaleddin y Racunia la detuvieron cada uno de una mano.

—¡Vamos, madre! —le dijo el joven—. Honrad a la virtud con la confianza: Harún Arraxid no es un hombre ordinario.

El Califa entró sólo, resplandeciendo con todas las pompas que pueden añadir la nobleza y la riqueza del vestido a la dignidad. Omajair y sus dos hijos se prosternaron en tierra, de donde los levantó uno tras otro el Sultán, con afecto, con bondad, con ternura.

—Que se calmen tus temores respecto de mí —dijo a la madre—; yo te declaro que no debe quedar ninguno en tu pecho. Tú serás siempre a mis ojos la madre de Racunia, soberana de mi corazón, y de Chemaleddin, el hombre digno de mi confianza, y la mujer, en fin, cuyas prudentes advertencias, me han abierto los ojos acerca de mis defectos, que ojalá pueda tener la dicha de enmendarlos. Yo me liasonjeo con la esperanza de obtener de ti el perdón por todas las penas que la desgracia de tu hijo ha podido acarrearos. Su palacio va a ser reconstruido con arreglo a su nueva dignidad, y como quiero ardientemente acercarlo cada vez más a mi persona, le daré hoy por esposa a la noble y amable descendiente de Cosroes Anusirwan, soberano de Persia, a quien he adoptado por hija. Por lo que toca a mi Racunia, que no se desdenó en dejar caer algunas miradas complacientes, en tomar un poco interés por la suerte de un pobre beduino del desierto, a cuya ruina todo parecía concurrir; como ella me ha parecido siempre dispuesta a unir su suerte con la mía, cualquiera que esta fuese, le ofrezco compartir la del Califa Harún Arraxid.

No podría describirse la satisfacción que el discurso del Califa derramó en los corazones de su nueva familia con un rasgo más gráfico, que diciendo que Omajair no pudo hablar ni una sola palabra...

El Califa había hecho llevar una litera, en la cual subieron las mujeres; él las seguía a caballo, entre Cháfar y Chemaleddin.

La Princesa de Persia fué casada en el mismo día con el nuevo favorito. Fiestas magníficas, limosnas repartidas en abundancia, hicieron al pueblo participar de la satisfacción de que se disfrutaba en el palacio. Chemaleddin llevó a su madre y a su esposa al suyo, y la buena Omajair iba cada día del uno al otro, en una soberbia litera, a felicitar a sus hijos por su dicha, en lugar de ponerse a leer el Alcorán a la puerta de una mezquita, pidiendo limosna a sordos. Si uno de ellos la hubiese oído, no se hubiera gritado: «maravilla». Si no se hubiera comentado la maravilla, el Califa no hubiera ido a ver a la más admirable de todas, a Racunia. Chemaleddin hubiese sido un falso profeta.

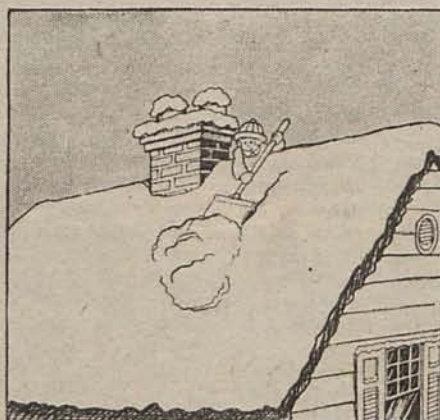
Hay que convenir en que los cielos dirigen los sucesos por hilos tan ligeros como imperceptibles a los ojos de los mortales.

FIN

BUENOS DIAS
DOÑA URRACA

¿DE QUÉ ME CONOCERÁ
ESTE SEÑOR?

COLORÍN Y SU PANDILLA



YUSUF EL JUDÍO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

I

En un país de Oriente (el de las historias maravillosas) había en despoblado, oculto entre espesos matorrales, una honda sima, en la cual el desgraciado que caía, animal u hombre, ya podía encomendarse a Dios, pues por su propio esfuerzo era imposible salir.

Ocurrió una vez que una serpiente perseguía de cerca a una garduña que le había ofendido.

La serpiente le iba a los alcances silbando espantosamente; poníase derecha, tiesa como una lanza, luego se arrojaba a lo lejos y en seguida volvía a enderezarse y repetía furiosa los ataques, tratando de dar caza a la garduña.

La garduña se creía ya perdida, pero vió un matorral y sin temor a las punzantes zarzas, saltó por encima a punto que la serpiente se lanzaba sobre ella, yendo a parar las dos al fondo de la sima.

Al mismo sitio, poco rato después, llegó una mona. La mona era golosa, y al ver en aquellos matorrales tantas zarzamoras pensó atacarse de lo lindo. No contenta de comer todas las que halló a mano, quiso engullir también las más altas y difíciles de alcanzar y quedó enganchada de los espinos.

Pasó entonces la mona terribles apuros, pues al soltarse de un lado quedaba prendida por el otro, y cuanto más se estiraba y perneaba más sujeta se veía; así es que dando vueltas aturullada vino a parar encima de la zarza.

No era muy cómodo el asiento y al no poder sufrir la pobre mona los crueles arañazos que de todas partes recibía, probó un supremo esfuerzo y saltó con tan mala fortuna que cayó en la boca de la sima.

Ved como la garduña por ofender a la serpiente, la serpiente por dejarse llevar de la ira y la mona por su glotonería, tuvieron su castigo.

Pero las desgracias nunca vienen solas.

Se le ocurrió a un hombre que iba de camino buscar un atajo para evitarse la molestia de un largo rodeo.

Llegó junto a las zarzas, y pensó el hombre al verlas:

—No pasaré de largo. Muchas veces he oído decir que entre la maleza se han hallado tesoros escondidos. ¿Quién sabe lo que puede haber aquí?

Aquel hombre, un grandísimo avariento, escudriñó minuciosamente el matorral. Iba apartando las zarzas con el bastón; llegó al borde de la sima, resbaló y cayó dentro.

A este hombre le perdió su codicia. Siempre somos víctimas de nuestras malas pasiones. Al caer en la sima ni el hombre ni los animales recibieron ningún daño.

Allí los animales no trataron de acometerse, porque más cuenta les tenía el buscar la salida, que por ninguna parte hallaron.

Acaso el hombre lo hubiera pasado mal, porque todos le aborrecían; pero como en seguida que cayó pidió socorro a grito pelado, y muy bien podía ocurrir que alguien viniese en su ayuda y se salvaran los demás, acordaron los animales dejarle en paz mientras alborotase como un energúmeno, que era lo que más les convenía.

A los gritos desesperados de este hombre acudió un ermitaño que acertó a pasar por allí.

Se asomó a la sima y preguntó:

—¿Quién grita ahí abajo?

—Un desgraciado caminante que ha caído en este abismo. Perdido estoy si tú no me socorres.

—Voy en busca de una cuerda, y con la ayuda de Dios te sacaré.

—Anda; no tardes en volver que corro peligro de ser devorado por las alimañas que hay aquí.

Al poco rato ya estaba de vuelta el ermitaño.

—Ahí va la sogá, agárrate bien. Dejemos que perezcan las alimañas que te hacen compañía.

Apenas cayó la cuerda se asió a ella la mona y se libró la primera.

El ermitaño volvió a tirar la sogá. La tomó la garduña con las garras y dientes y no la soltó hasta que se vió fuera de la sima.

Otra vez echó la cuerda el ermitaño. Se enroscó a ella la serpiente, y hubo que sacarla también.

El último que salió fué el hombre.

El ermitaño dijo a los animales:

—No todos merecéis el bien que os he hecho. Veo entre vosotros perversas fieras que devoran a seres inocentes, y hacen todo el mal que pueden.

Del hombre espero agradecimiento; de vosotros la más negra ingratitud.

Los animales replicaron:

—Más agradecidos somos que los hombres.

—Ojalá podamos demostrártelo algún día.

—¡Dios te premie tu buena acción!

—Id con Dios —dijo el ermitaño—. Antes cambiaréis de piel que olvidar las malas mañas.

El caminante dijo entonces al ermitaño:

—Si me entretengo aquí se perjudicarán mis intereses. Yo soy Yusuf el judío, mercader de joyas. Tengo tienda en la corte. Voy a una feria lejana a comprar perlas, oro en polvo y colmillos de elefante. Me conviene llegar pronto para hacer buenos negocios. Si en alguna ocasión puedo recompensarte, por haberme ayudado a salir de la horrible sima, verás hasta dónde llega mi agradecimiento. No dejes de visitarme, si alguna vez vas a la corte.

El ermitaño contestó:

—Amigo Yusuf: no me agradezcas nada. En mí es una necesidad el practicar el bien. Además que obligación tenemos de amar al prójimo y socorrerlo en estos apuros. Que prosperes mucho en tu negocio y no tengas contratiempos en tu viaje. Si algún día voy a la corte, cuenta con mi visita.

II

Pasó mucho tiempo, hasta que un día determinó el buen ermitaño ir a la corte a ver a su amigo Yusuf.

Con el largo camino iba atormentado por la sed, y al cruzar un bosque le vió la mona, y salió a su encuentro.

—Salud, buen ermitaño. ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Qué fatigado estás! Descansa aquí un ratito. Voy entre tanto a buscarte alguna fruta para que meriendes.

El ermitaño se limpió el sudor y el polvo del camino y reposó un buen rato, mientras saboreaba las exquisitas manzanas, dátiles y naranjas que la mona le ofreció en abundancia.

Después la mona apuró todas las gracias y monerías, que no eran pocas, para divertir a su bienhechor.

—Verdaderamente, eres un animal agradecido —dijo el ermitaño—; pero he de seguir mi viaje y me despido de ti. Voy a la corte a visitar a Yusuf el judío, tu compañero en aquella sima.

—Buen ermitaño, no te vayas sin que antes avise a la garduña. ¡Cuánto se alegrará de verte! La voy a llamar en seguida.

Vino la garduña corriendo, lamió las manos del ermitaño y no sabía qué hacerse para festejarle y agasajarle.

—El favor que me hiciste —decía la garduña— no se borrará jamás de mi memoria. Dime en qué puedo servirte.

—Gracias, querida garduña, no necesito nada. No por eso agradezco menos tu buena voluntad.

—Pero ahora que me acuerdo —dijo la garduña— tengo en mi escondrijo una piedra muy linda, que brilla con reflejos de arco iris. Voy a traértela.

Volvió la garduña con un enorme diamante.

—Aquí la tienes, buen ermitaño. Ya sé que este pedrusco nada vale y es indigno de ti, pero quedará muy contenta si lo aceptas.

El ermitaño examinó el diamante.

—Querida garduña, esto vale un tesoro. ¿Cómo lo has adquirido? ¿Acaso lo has robado?

Se rió la garduña.

—Lo habré robado a un ladrón.

—Cuéntame. ¿Cómo ha sido?

—Esta mañana subí a un nido de urracas. Estaba yo en ayunas. Pensé encontrar polluelos para almorzar.

—Garduña, eso no es lícito.

—¿Qué quieres, buen ermitaño? Mis padres no me enseñaron otro oficio que robar y matar. Lo peor fué que no había pájaros en el nido. Sólo hallé esta piedra que tomé por un huevo. ¡Qué desilusión tuve! Era un huevo de cristal. ¡Qué raro me pareció el engaño! ¡Eal, buen ermitaño; ya que no tengo mejor cosa que darte, te suplico que no me la desprecies.





—Gracias, querida garduña; no te puedes imaginar el valor de esta piedra, pero tu buena voluntad vale infinitamente más. Acepto el regalo, aunque yo he hecho voto de pobreza.

Dicho esto se despidió el ermitaño de sus buenas amigas, las cuales le acompañaron hasta la salida del bosque e hicieron gran sentimiento por su partida.

Prosiguió su camino el ermitaño e iba diciendo:

—Regalaré el diamante a Yusuf. No me presentaré en su casa con las manos vacías.

III

Llegó el ermitaño a la corte y se fué derecho a casa del judío.

Yusuf, antes de abrir la puerta, usó muchas precauciones. Le preguntó quién era y qué quería.

—¿No te acuerdas del ermitaño que te sacó de la sima? Fui yo. Después de mirarlo bien de pies a cabeza conoció Yusuf al ermitaño. Entonces salió a recibirle con mucha cortesía y cumplimientos. Después le introdujo en un desván de su casa, donde guardaba los trastos viejos.

Yusuf tenía muchas riquezas, y no quería que le tentasen al ermitaño si las olía. De nadie se fiaba el judío y mucho menos de los pobres.

El ermitaño quedó muy complacido de la buena acogida que le hizo Yusuf, y después de corresponder a todos sus cumplimientos le presentó el diamante.

—Yusuf, ¿qué te parece esto?

Yusuf palideció.

Aunque era tan codicioso no se atrevió a apoderarse del diamante. No era para menos.

Aquel día el pregonero había publicado un bando terrible.

Del tesoro del rey habían robado el mayor diamante de la corona. No tenía par en el mundo.

—El que supiere algo del robo o conociere al ladrón está obligado a declararlo bajo pena de la vida.

De poco sirvió al rey la magnífica guardia de corpulentos negros que, con el alfanje desnudo, vigilaban día y noche la puerta del aposento donde guardaba sus tesoros. Es: aposento no tenía ventanas ni balcones; únicamente una tronera (una gran rendija abierta en el muro) por la que no podía pasar un hombre. Por esta abertura sólo entraban volando los murciélagos en las noches serenas al llegar el buen tiempo.

Era imposible, además, escalar la muralla sin que lo advirtieran los centinelas que había junto al foso.

Aunque el rey se devanaba los sesos no podía explicarse lo ocurrido.

Claro que de haber sido más avisados los guardianes hubiesen reparado en una urraca que entró por la tronera de madrugada en la cámara del teatro real y salió volando llevándose en las garras el diamante.

Sabido es que las urracas roban y esconden las alhajas y cuantas cosas encuentran.

¡Qué de víctimas inocentes han pagado caros los hurtos de estas aves!

IV

Yusuf estuvo largo rato en el desván sin decir palabra al ermitaño.

Estaba meditando que si se apoderaba del diamante podía ser su perdición. Sabía Yusuf la mala fama que tenía y que no era bien mirado del rey ni de sus ministros.

Como el verdugo gasta malas bromas, lo mejor era acusar de ladrón al ermitaño y acreditarse él como hombre de escrupulosa conciencia.

Encerró al ermitaño en el desván y se fué a ver al juez.

El juez envió alguaciles a prender al pobre ermitaño y dispuso que el proceso fuera sumarisimo para no retardar el castigo.

El ermitaño, cargado de cadenas, compareció ante el juez.

El juez le preguntó:

—¿Dónde compraste este diamante?

—La garduña me lo dió.

—¿Y de quién lo heredó la garduña?

—Lo robó a la urraca.

—¿Y la urraca?

—No lo sé.

Aunque el juez no entendió una palabra de la declaración, no se apuró gran cosa, y condenó a morir al ermitaño.

En seguida corrió la noticia por la ciudad.

Las gentes, por las calles y plazas, comentaban los acontecimientos.

—Para que te fies de las apariencias. Un ermitaño robó ayer el diamante de la corona.

—¡Cuántos hipócritas como éste habrá en el Reino!

—Y Yusuf el judío, que parecía un pícaro capaz de cualquier bellaquería, ha sido tan honrado, que entregó el ladrón a la justicia, pudiéndose quedar con el diamante por cuatro cuartos.

—Pues el que lo ha hecho que lo pague.

El juez dió la orden y los carpinteros levantaron el patíbulo.

V

La serpiente, que tenía su escondrijo en las antiguas murallas de la ciudad, se enteró horrorizada del triste fin que iba a tener su bienhechor.

Supo por la garduña la historia del diamante de la corona, y juró librar al ermitaño de la muerte o perecer en la demanda.

El astuto animal fué arrastrándose hasta el palacio del rey; miró si en las tapias del parque había algún agujero, y halló, por suerte, un resquicio entre la juntura de unas piedras.

Comprendió que por la puerta los guardias no la hubieran dejado entrar.

La serpiente entró cautelosa en los jardines de palacio.

La reina se encontraba allí muy a placer, recreándose con los deliciosos aromas de las flores, escuchando los gorjeos del ruiseñor y alegrando su vista en las cristalinas fuentes, cuyos lindos surtidores lanzaban el agua en pilas de alabastro.

—¡Cómo se parece esto al Paraíso! —pensó la serpiente al entrar—; pero hoy no vengo a tentar a nadie, sino a salvar al que me salvó.

La reina estaba sola; había despedido a sus doncellas.

Se acercó formando ondas la serpiente y se le echó a los pies.

A la reina se le heló la sangre; no tuvo ánimos para gritar.

—Nada temas de mí —dijo la serpiente—; no vengo a hacerte mal, sino a implorar justicia.

La serpiente, con su natural elocuencia, que pruebas tiene dadas, refirió a la reina la historia verdadera del robo del diamante. Lo

que ocurrió en la sima, cuando el ermitaño libró de la muerte a Yusuf el judío y a los animales que estaban con él.

La reina, informada por la serpiente, quedó bien persuadida que del hurto del diamante la urraca era única culpable y asimismo de la maldad de Yusuf, que levantó falso testimonio al ermitaño para acreditarse de hombre honrado.

—Ahora mismo voy a hablar al rey —dijo a la serpiente—. En cuanto al despreciable Yusuf, bien sabes que todas las infamias que cometen durante su vida los malvados las pagan en una hora.

VI

El rey supo por la reina la verdad del robo con todos sus pormenores.

—No podía ser de otra manera —exclamó satisfecho—. Esa explicación me convence. Al tunante Yusuf ya le daré su merecido.

El mismo rey quiso hacer justicia.

Llevaron a su presencia a Yusuf. Ahora era el judío el que iba cargado de cadenas.

Dijo el rey al judío:

—Dime la verdad. Te va en ello la cabeza. ¿Te propuso el ermitaño la venta del diamante?

—Sí, señor.

—¿En qué términos?

—Me dijo: «¿Qué te parece esto?» La pregunta era bien clara; trataba de vendérmelo.

—¿No dijo nada más?

—Ya era suficiente. Lo acusé al juez para que lo castigase.

—¿Sabías tú que era ladrón el ermitaño?

—Los pobres son muy sospechosos. Con ellos no hay nada seguro.

—¿El ermitaño te salvó la vida cuando buscando tesoros en las zarzas caíste en una sima?

—¡Oh, señor! —replicó Yusuf—. Cierto es que me ayudó a salir. En tales trances, estamos todos obligados a socorrernos. Otro cualquiera hubiese hecho lo mismo. Son favores que no cuestan dinero.

—¡Calla, perro desagradecido! —exclamó indignado el rey. Sin ignorar tus malas mañas, no sabía hasta dónde llegaba tu perversidad. Quien así corresponde a los beneficios que recibe es merecedor de castigo. Llévao de aquí, y en lugar del buen ermitaño, castigad a ese miserable, con unos cuantos azotes.

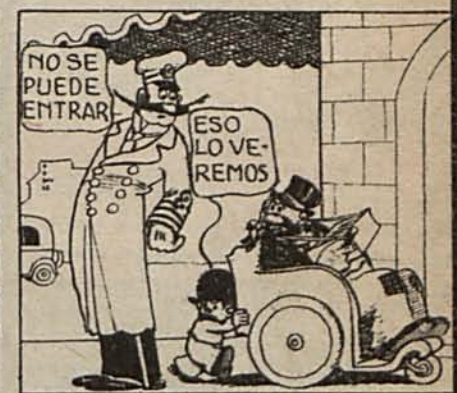
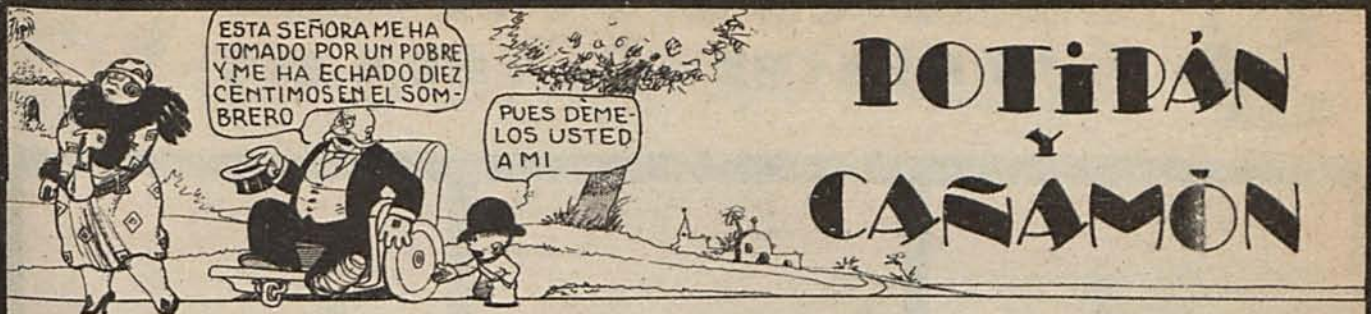
Así lo hicieron sin tardanza. No faltaron espectadores para el ejemplar castigo.

El pueblo alabó por justa la sentencia.

Desde aquel día repite siempre la gente de aquel reino que *quien no es agradecido no es bien nacido*.

FIN





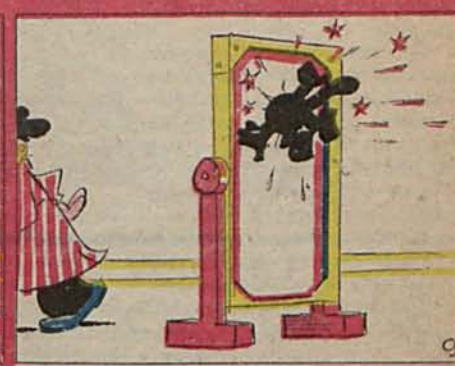


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIEZO.

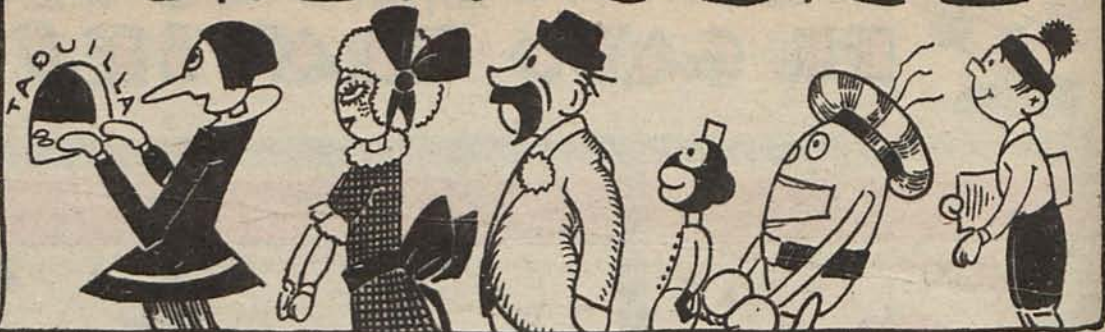


PROGRAMA
PARA HOY

EL LADRON DE LOS AIRES

Sensacional!

GRAN CINE



Con un zumbido ensordecedor que le atronaba los oídos, impidiéndole oír todo otro ruido, Paddy O'Darrell iba acurrucado detrás de un cajón de mercancías, acechando y espiando en medio de la mayor oscuridad.

Debajo del suelo trepidante quedaba el mar a una distancia de dos mil pies, pues el detective iba oculto en el departamento de carga del *Flying Streak*, aeroplano gigantesco, que hacia el recorrido desde Holanda a Inglaterra, a media noche.

Paddy llevaba intención de desentrañar uno de los mayores misterios con que había tropezado en su carrera de detective. Se trataba nada menos que de descubrir cómo durante los vuelos nocturnos del gigante avión desaparecían los objetos de valor que llevaba entre la carga.

Estos robos habían puesto furioso a Mr. Oswald Sayer, el director de la Compañía a que pertenecía el *Flying Streak*. Entre la carga que el aeroplano llevaba regularmente iba siempre una gran cantidad de brillantes que valían un dineral; estos brillantes los mandaban unos joyeros de Antwerp a sus agentes de Inglaterra, pareciéndoles mucho más seguro enviarlos por la línea aérea que confiarlos a mensajeros que viajaran por mar o por tierra. Pero los ladrones que habían escogido como sus víctimas a los joyeros, no se paraban en barras para llevar a cabo sus robos, y habiéndose apoderado ya varias veces de la remesa de brillantes; sin embargo, el cómo se arreglaban para robarlos era un misterio desconcertante, porque el armazón del *Flying Streak* tenía la forma de un pez grande, y la bodega sólo tenía una puerta a un lado, quedando el asiento del piloto precisamente encima de aquélla, de modo que mientras el aeroplano estuviese en el aire, el piloto no podía en modo alguno penetrar en ella.

En tres ocasiones distintas los mismos joyeros habían colocado las piedras en el departamento de carga, cerrando luego la puerta ante sus ojos, y después el *Flying Streak* se había elevado por los aires sobre el mar, y al llegar al final de su viaje, los agentes de los joyeros se encontraron con que faltaba la cartera que contenía los brillantes. Ya desesperado Mr. Sayers envió a buscar a Paddy O'Darrell, suplicándole se encargara del asunto, y esta es la explicación de que el detective se hallase escondido en la bodega del *Flying Streak* en acecho, a varios miles de pies sobre el mar.

El tiempo pasaba lentamente para el detective, pero por cada minuto transcurrido llevaba el *Flying Streak* otra milla y media más de recorrido. De repente, Paddy aguzó el oído para percibir un sonido que le parecía oír a través del ruido del motor. Oyó un golpe seco y se puso en pie para encender la lámpara eléctrica; pero antes de encenderla, un rayo de luz iluminó la bodega al abrir alguien la puerta. En ésta apareció la silueta de un hombre vestido de negro y con un gorro de hule en la cabeza; llevaba atado a la espalda un envoltorio cuadrado y tenía en la mano una cartera de cuero, que era la de los diamantes. Detúvose en el umbral, mirando para el espacio que se extendía debajo del aeroplano, y cogiéndose con una mano al barrote de la puerta, puso una pierna en el aire, como para tirarse. El detective se avalanzó hacia él y el ruido que produjo al moverse hizo que el hombre misterioso escudriñase, alarmado, la bodega. Al ver a Paddy, se pintó en su rostro una expresión de contrariedad.

El detective extendió la mano para cogerlo, pero sólo consiguió agarrarlo por el borde de la chaqueta, porque el desconocido soltó la barra de hierro y, dando un salto hacia afuera, se dejó caer en el espacio. Paddy sintió una sacudida, la chaqueta rasgó, rompiendo con el esfuerzo y quedó un pedazo de ella en las manos de Paddy. Poco faltó para que éste cayera también del aeroplano; pero gracias

a haberse cogido a tiempo a la barra de hierro de la puerta, se salvó. Desde allí se inclinó hacia afuera, mientras el *Flying Streak* rasgaba los aires a una velocidad de noventa millas por hora, y quedó fascinado con los ojos fijos sobre el hombre misterioso que ya no era más que una mancha negra en el espacio. El saco de cuero que llevaba colgado a la espalda convirtiéndose en un paracaídas, debajo del cual se bamboleaba el atrevido ladrón, que se acercaba a la tierra rápidamente.

Paddy se inclinó todo lo más que pudo fuera del aparato, buscando con los ojos el firmamento, que iba quedando detrás; siguiendo al *Flying Streak* iba otro aeroplano, cuyas alas brillaban a la luz de la luna: era *Silverwings*, el aeroplano de Paddy, pilotado ahora por Bob. Después de verlo, Paddy miró para abajo; allá lejos vió una manchita. A través del campo serpenteaba un río, haciendo en uno de los sitios una curva tan pronunciada como un arco; hacia el efecto de que el ladrón iba a caer precisamente dentro de aquella curva.

El detective sacó la linterna y, poniéndola enfrente de *Silverwings*, apretó el botón varias veces; de *Silverwings* vino una luz en contestación, y entonces Paddy mandó a través del espacio un mensaje por el alfabeto Morse, que decía:

Desciende inmediatamente y aterriza en la curva del río

La respuesta de Bob no se hizo esperar, y Paddy comprendió que había entendido. Entonces metióse en la bodega; en el suelo, y junto al rincón donde iba escondido primero, había un teléfono que comunicaba con el piloto, y que Paddy había puesto allí de intento. Cogió el auricular y llamó.

—Aterrice inmediatamente, si es posible dentro de la curva del río.

—Está bien. ¿Pasa algo, Mr. O'Darrell?

—Ha desaparecido la cartera...; el ladrón se ha tirado con un paracaídas.

El *Flying Streak* describió un círculo grande, inclinándose a un lado cada vez más, y describiendo círculos sobre la curva

del río, para buscar un buen punto de aterrizaje.

Paddy buscaba con la vista a *Silverwings*, pero ya no se veía, y el detective supuso que habría aterrizado sin novedad. Entonces examinó las mercancías con la luz de la linterna. Entre ellas estaba un cajón de madera grande, capaz de contener dentro un hombre; no llevaba ninguna puerta ni abertura por donde pudiera haber salido el ladrón; pero, no obstante esto, Paddy estaba convencido de que allí había ido oculto el ladrón, y que la secreta abertura funcionaría desde dentro. Pero ya no le quedaba tiempo para hacer más descubrimientos, porque el *Flying Streak* tocó en tierra, dando un golpe; rebotó como una pelota y fué a parar un poco más allá, deteniéndose por fin en una extensión de terreno, cubierta de césped y brezco.

Paddy salió de la bodega, cerrando la puerta tras sí.

—¿Conque hemos traído con nosotros un ladrón, eh? —preguntó el piloto—. Es raro que no hayamos pensado en lo del paracaídas; así el ladrón podía tirarse desde donde le diera la gana.

—Muchas veces las cosas más sencillas son en las que menos se nos ocurre pensar —respondió Paddy—. Ahora vuelva usted a elevarse, y déjeme aquí. Usted debe procurar llegar, como siempre, a su hora.

—Pero ¿y los diamantes? —exclamó el piloto—. ¡Mr. Sayers se va a volver loco esta vez!

—Me parece que no —respondió Paddy, sonriéndose.

El enorme aeroplano se elevó por los aires para continuar su interrumpida jornada.



La caza a través del aire.

El detective escudriñó todos los alrededores sin encontrar a *Silverwings*, y ya echaba a andar para alejarse de allí, cuando llegó a sus oídos el lejano ladrido de un perro.

—¡Es *Trailer*! —pensó el detective.

El sabueso iba con Bob en el aeroplano, y éste lo había mandado a buscar a su amo.

Paddy dió un silbido y encendió la lámpara, y en seguida vino corriendo hacia él el perro seguido de Bob.

—¡Bravo, jefe! ¡Ya sabía yo que *Trailer* le encontraría a usted! ¿Sabe usted que se me figuró haber visto caer algo desde el otro aparato?

—Efectivamente, no te has equivocado, Bob.

Y Paddy contó rápidamente lo sucedido.

—El ladrón no ha caído aquí por casualidad. Este es un lugar muy solitario, donde me figuro que no habrá ninguna estación de ferrocarril en muchas leguas a la redonda, y, por lo tanto, es un sitio muy indicado para aterrizar. Supongo que tendría por aquí un automóvil o algún otro vehículo esperándole para escapar antes de que amaneciera.

Paddy sacó del bolsillo un pedazo de tela deshilachado por uno de los bordes.

—Esto se lo arranqué de la chaqueta al tirarse. Veremos si *Trailer* puede encontrar al ladrón tan fácilmente como me ha encontrado a mí.

Y le pasó el pedazo de tela por las narices. El sabueso lo olfateó con avidez. En seguida empezó a corretear de un lado para otro en todas direcciones, siguiéndole Paddy y Bob. Al llegar junto al río, *Trailer* empezó a ladrar más excitadamente y oler algo que había en el suelo.

—¡Es el paracaídas, Bob! ¡Mira; se conoce que lo ha abandonado al aterrizar! Habrá visto que los dos aeroplanos venían hacia acá y se creyó perdido.

Trailer echó a correr siguiendo el rastro del ladrón, yendo directamente a un grupo de árboles que había a alguna distancia; pero antes de llegar allá se oyó el motor de un aeroplano.

—¡Un aeroplano! —balbuceó Bob.

—¡Sí; y parece que se aleja!

Detrás del bosque estaba *Silverwings* y los dos detectives se metieron dentro de él. El aparato se elevó y Paddy lo hizo girar para ir en persecución del aeroplano que escapaba.

Sólo veían una manchita en el firmamento iluminado por la luna; pero esto bastaba para que el detective pudiese seguirlo, y Paddy confiaba alcanzar al ladrón. No le quedaba otra cosa que hacer más que seguir en línea recta y sacar todo el partido posible del motor. Al cabo de media hora vieron delante de ellos al aeroplano fugitivo. Distinguieron perfectamente a dos hombres dentro de él, uno de los cuales supusieron sería un cómplice del ladrón, que habría traído el aparato allí para recoger a aquél.

El piloto sabía desde luego que lo perseguían, y trataba por todos los medios de dar esquinazo a sus perseguidores, porque bajaba y se elevaba a cada poco, dando vueltas en el aire; pero Paddy hacía todos estos juegos lo mismo que él, y su aparato estaba ya muy cerca del otro. De repente, el fugitivo puso el aparato para abajo, con la cola para arriba; *Silverwings* se precipitó sobre él, y llevó una fuerte sacudida al chocar las ruedas de aterrizaje contra el timón del otro.

—¡Se le ha roto el timón, jefe! —exclamó Bob, inclinándose fuera y viendo que el aeroplano caía. Estaba herido de muerte. Se bamboleaba haciendo zig-zag, y hubiera caído como una piedra si el piloto no hubiera encauzado su trayectoria con asombrosa pericia, haciéndolo así deslizarse más suavemente.

Paddy miró por la ventanilla que llevaba a sus pies, y vió cómo el aparato daba una sacudida final y, por fin, chocaba contra el suelo.

—¡Pobres hombres! —murmuró levantando la palanca de sustentación.

Silverwings empezó a descender verticalmente, y cuando estaba próximo al suelo volvió a colocarlo en posición horizontal, y tropezando levemente en tierra terminó por hacer un perfecto aterrizaje

a menos de cincuenta metros del lugar donde el otro se había destrozado.

Los dos detectives salieron fuera del aparato y se apresuraron a ir al otro; pero de pronto Paddy se detuvo, cogió a Bob y lo arrastró hacia atrás con fuerza, gritando:

—¡Eso es un pantano! ¡Si nos metiéramos ahí no podríamos salir.

—¡Gracias, jefe! ¡En cambio, ese otro aeroplano está muy bien ahí!

—Y además, Bob, esos bribones han quedado prisioneros; porque si no los sacamos de ahí se hundirán con el aparato. Vuélvete a *Silverwings* y trae la cuerda.

Bob volvió en seguida con un rollo de cuerda. Paddy la cogió, y después de prepararla para lanzársela, les gritó, previniéndoles:

—¡Coged..., y pronto!

Uno de los hombres la ató a la parte más alta del aeroplano, y los detectives ataron el otro extremo a un peñón que sobresalía por entre el brezo, quedando así la cuerda tensa desde el aparato hasta la tierra firme.

—Venid uno de vosotros agarrado a la cuerda. El otro que no se mueva hasta que yo avise —ordenó Paddy.

Uno de ellos vino trepando por la cuerda, que con el peso se venecía, haciéndole meter los pies en el cieno; pero consiguió llegar a

salvo. Paddy y Bob lo cogieron, y en un momento el ladrón quedó espasado.

—¡Que venga ahora el número dos! —gritó Paddy.

La cuerda volvió otra vez a bambolearse y el segundo ladrón se fué deslizándose por ella, y tan pronto como llegó al otro extremo quedó puesto también a buen recaudo, como su cómplice. Paddy reconoció en él al ladrón de los brillantes.

—Ha sido un plan muy atrevido el del paracaídas, para emplearlo con tanta frecuencia —dijo Paddy—. ¿Dónde está la cartera?

—En el aeroplano; y ahora se hundirá donde jamás

podrá usted recuperarla. Y era cierto, porque en aquel momento el aparato desaparecía entre el cieno.

—Conque ya ve que después de tantos trabajos no ha conseguido usted apoderarse de los brillantes —dijo con sorna el ladrón al detective.

—¿Qué brillantes? —preguntó éste.

—Los que estaban en la cartera que yo cogí del *Flying Streak* —replicó el ladrón.

—¡Cal! ¡Esos brillantes están aquí —repuso Paddy tranquilamente, sacando del bolsillo interior de la chaqueta una cartera llena de piedras preciosas—. Los brillantes los he llevado yo todo el tiempo en mi bolsillo. ¿Cree usted que iba a ser tan necio que dejase brillantes por valor de diez mil libras esterlinas en el *Flying Streak*, para hacer un experimento con ellos? Lo que usted robó fué una cartera que contenía guijarros.

—¡Que el diablo me lleve! ¿Y para eso he arriesgado yo mi vida? —dijo desesperado el ladrón.

Una hora más tarde aterrizaban todos en el aerodromo, y los dos ladrones fueron entregados a la policía. Y de este modo quedó finalmente aclarado el misterio del *Flying Streak*.



TEATRO PINOCHO

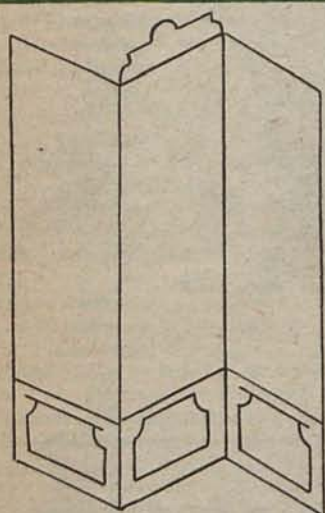
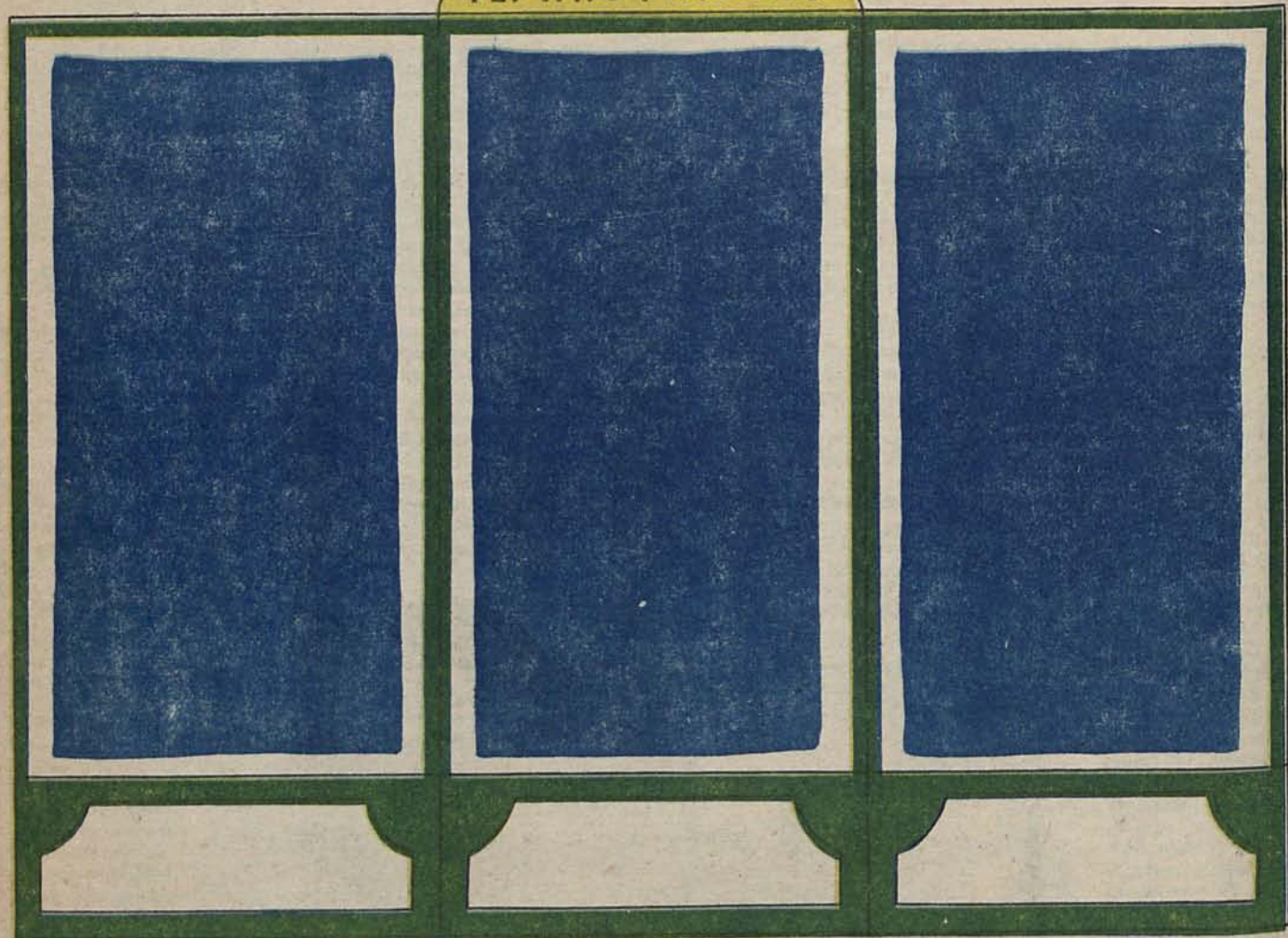
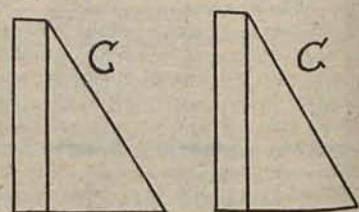
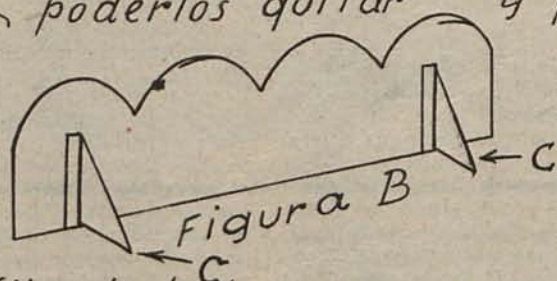


Figura A

CARTELERA

Doblad, por las lineas de puntos para que quede como indica la fig. A y entonces podeis pegarle unos cartelles anunciadores hechos por vosotros mismos. Los cartelles deben tener un tamaño de 5x9 ó 10 centrs, y se pegan solo por las puntas de arriba para poderlos quitar y poner otros.



Triangulos C

Primera fila de butacas
Para sostener las filas de butacas
recortad los triangulos
y pegarlos como en
la figura B



EL TEATRO DE PINOCHO

MATARILE, RILE, RILE

COMEDIA EN TRES ACTOS

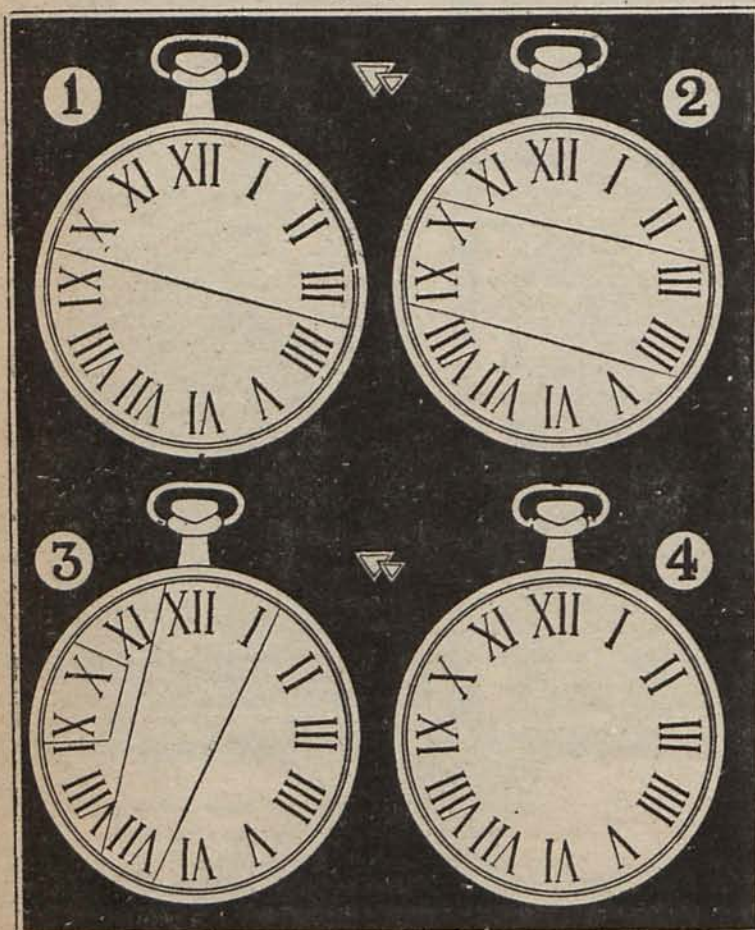
(Continuación.)

- MADRE. Sí, señor; perlas. Creímos que no valdrian nada. Mi marido las llevó a vender, y nos han dado por cada una cinco mil pesetas.
- COMISA. ¡Me dejan ustedes de una pieza!
- PADRE. Y lo más notable es que al día siguiente recibimos otro papel...
- COMISA. ¿Otro billetito para la compra?
- MADRE. No, señor; no. Un papel que decía: «En la cómoda de nuestro cuarto»...
- CATIFURCIO-CÓMODA. (Aparte.) Eso va por mí. Me interesa.
- MADRE. ...encontraréis, en un cajón, unas llaves de plata...
- CATIFUR. ¡Caramba!
- MADRE. ...Son las del castillo que hay en lo alto del acantilado de las rocas»...
- COMISA. ¡Este castillo!
- CATIFUR. (Aparte, casi llorando.) ¡Mi castillo de mi alma! ¡Ahora lo comprendo todo!
- PADRE. Abrimos y, en efecto, encontramos las llaves, y no tuvimos más que tomar posesión de este castillo. Después fué cuando aquel señor raro dijo que si le habíamos robado su castillo, y que si tal y que si cual...
- COMISA. Y, claro, ustedes se han venido aquí a vivir, y en agradecimiento se han traído la cómoda, ¿no?...
- MADRE. Sí, pero todo el dinero y todo el lujo yo no lo quiero a cambio de mi hija. ¡Me dan ganas de quemar esa cómoda!...
- CATIFUR. (Aparte.) Otra vez... Me tendré que largar. (Vase.)
- COMISA. Entonces, ¿usted cree que todos estos prodigios vienen de parte de su hija de usted?...
- MADRE. Estoy segura, segura. ¿De quién si no? Lo que no comprendo es por qué no viene. A lo mejor la tiene encantada algún brujo.
- (Entra en escena Catifurcio vestido de piano.)
- CATIFURCIO-PIANO. (Aparte.) Supongo que con este disfraz podré estar tranquilo. Lo que más pueden hacer es tocarme una polka.
- PADRE. De todos modos, pronto espero que esto se aclare. Ayer compramos en la pescadería una merluza, y tenía dentro un papel escrito, que decía: «Esperad una buena noticia».
- COMISA. A ustedes todas las cosas agradables les vienen de la pescadería.
- MADRE. ¡Claro! ¿No ve usted que mi hija está en el mar? ¡Ya va para un mes que no está aquí! ¡Yo no puedo vivir sin ella! ¡Todo, hasta el detalle más pequeño, me trae un recuerdo! Todas las horas me hacen pensar en ella. «Ahora se estaría levantando, ahora iría al colegio, ahora vendría a comer»...
- COMISA. Piense usted que a lo mejor ella es muy feliz en estos momentos...
- MADRE. Sí, pero yo estoy muy triste, muy triste... Ese piano me recuerda cuando estudiaba solfeo... Tendré que hacer pedazos ese piano, si quiero mitigar un poco la tortura de su recuerdo...
- CATIFURCIO-PIANO. (Aparte.) Vaya, está visto que en esta casa no se puede vivir vestido de máscara.
- COMISA. A lo mejor, cuando menos lo esperen, tienen una sorpresa agradable. (Suena un timbre.)
- PADRE. Parece que llaman.
- MADRE. Yo abriré. (Entra un pez espada.)
- PEZ ESPADA. Muy buenas tardes.
- COMISA. ¡Caramba!
- PADRE. ¿Quién es usted?
- PEZ ESP. Para servirles, capitán de peces espada, agregado a la guardia del príncipe Cangrejo.
- PADRE. Mucho gusto en conocerle.
- PEZ ESP. El honor es para mí, de poder presentar mis respetos a los padres de nuestra bella princesita...
- MADRE. ¿Cómo dice usted?
- PADRE. Nosotros no somos los padres de ninguna cangreja...
- MADRE. Debe usted haberse confundido...
- PADRE. Será ahí abajo, en la playa...
- PEZ ESP. Las señas son precisas. Ustedes son los padres de la princesa Angelita.
- CATIFURCIO-ESUFU. (Entrando, vestido de estufa, aparte.) Hola, hola, esto me interesa...
- MADRE. ¿Angelita?
- PADRE. ¿Mi hija?
- MADRE. ¿Dice usted que es princesa?
- PADRE. Hable usted, señor pez. ¿Cómo ha sido eso?
- C.-ESTU. (Aparte.) Eso, eso es lo que yo quiero saber.
- PEZ ESP. Su hija bajó al fondo del mar en busca de las llaves de este castillo por encargo del mago Catifurcio...
- MADRE. ¡Infame!
- PEZ ESP. En el fondo del mar, su alteza el príncipe Cangrejo se ha enamorado perdidamente de ella, y se casará si ustedes autorizan la boda...
- MADRE. ¡Por nosotros...! Claro que así, sin conocer al novio...
- PADRE. Dices bien. Sin saber con qué familia vamos a emparentar.
- PEZ ESP. No hay mejor familia, ni más elevada nobleza submarina que la del mago Cangrejo. Por otra parte, sus riquezas son fabulosas; los tesoros, incontables; su poder, infinito, como lo es el número de todos los que habitamos en el fondo de este mar azul.
- MADRE. Pero, ¿nuestra hija puede vivir en el agua?
- PEZ ESP. Vive, y es feliz... Por orden suya vengo a anunciar su llegada y la de su prometido el príncipe Cangrejo...
- MADRE. ¿Qué viene mi hija?
- PADRE. Hombre, haber comenzado por ahí.
- MADRE. ¿Cuándo vendrá?
- PEZ ESP. No han de tardar. Su alteza el príncipe viene de incógnito, para librarse de las asechanzas de sus enemigos los magos de la tierra...
- C.-ESTU. (Aparte.) Esta es la mía. Ahora si que me voy a vengar de todos a la vez y me voy a quedar con mi castillo...
- MADRE. ¡Dios mío! ¡Ellos aquí! Tendremos que prepararnos para recibirlos.
- PADRE. Encenderé las luces...
- MADRE. Yo voy a prepararles una cena. Tú enciende esa estufa mientras tanto. Como vienen del agua, que está tan fría, les agradará encontrarse esto calentito. (Vase.)
- COMISA. Yo le ayudaré. Aquí hay carbón...
- C.-ESTU. (Aparte.) ¿Qué oigo?
- PADRE. Está cargada de carbón la estufa. No hay más que encender esta tea...
- COMISA. Es cosa de un momento. Este carbón arde admirablemente.
- C.-ESTU. (Aparte, horrorizado.) ¡Esto peor! ¡Me van a quemar! ¡No tengo escape! ¿Qué va a ser de mí?
- PADRE. Ya está encendida la tea...
- COMISA. Póngale usted dentro, ahí debajo, para que tire bien.
- C.-ESTU. ¡No, por Dios! ¡Tengan ustedes compasión de mí!
- COMISA. ¿Eh? ¡Esta estufa está hablando!
- PADRE. ¿Qué es eso? ¿Quién es usted?
- C.-ESTU. Soy Catifurcio... perdonenme ustedes... ¡pero no me quemen! ¡Yo voy a ser bueno! ¡No me enciendan, por favor!... Les regalo a ustedes el castillo, si me dejan sin arder. Comprendo que he sido malo y que no merezco compasión, pero me da mucho miedo morir carbonizado.
- PADRE. Lo comprendo.
- C.-ESTU. Desde hoy, seré el mago más bueno del mundo, y sólo viviré para hacer el bien...
- COMISA. Ya te lo dirán en la cárcel...

(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LOS RELOJES PARTIDOS



En el reloj número 1 la esfera está dividida en dos partes, y los números contenidos en cada una suman 39. En el número 2, dividido en tres partes, suman los números de cada una 26. En el número 3, dividido en cuatro partes, las sumas son iguales a 20. Para ello se ha tenido que dividir el número IX en dos por medio de una línea que pasa entre el I y el X. ¿Cómo dividiríamos en cinco partes la esfera del reloj número 4 de manera que las sumas de los números contenidos en cada una de ellas fuesen iguales?

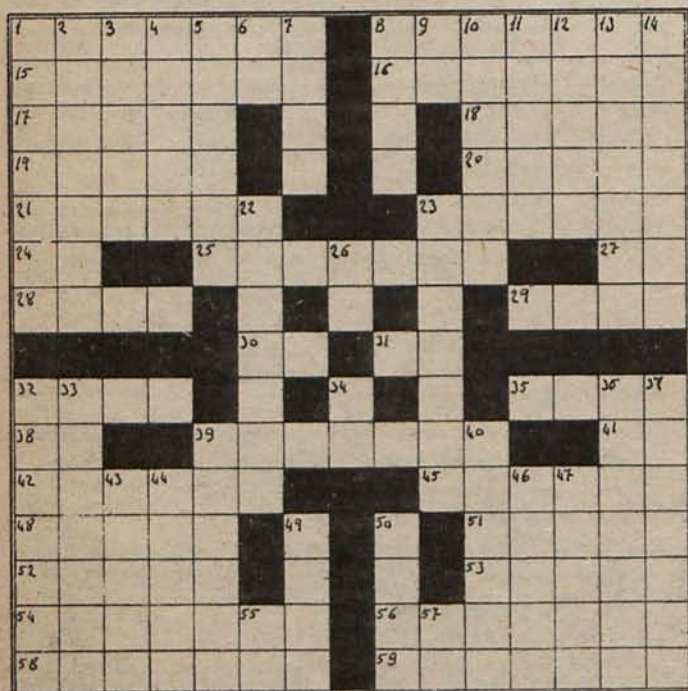
¿QUÉ ANIMAL ES ÉSTE?



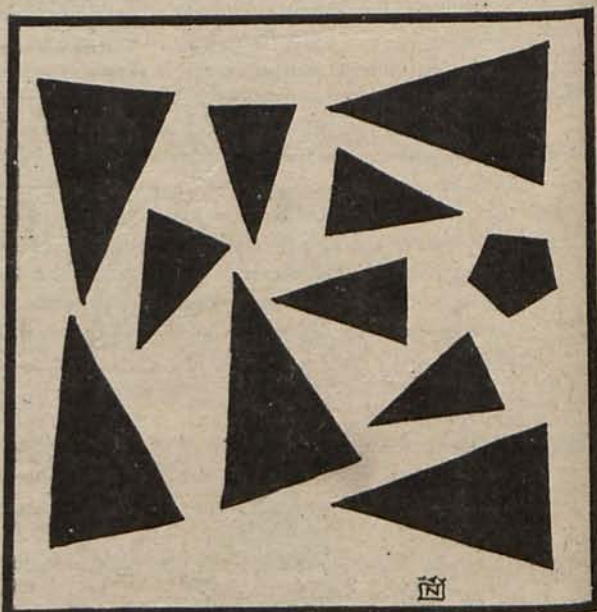
Recortad estas piezas cuidadosamente y después unidlas hasta que halléis un animalito muy conocido.

Para que no estropecéis la página y luego podáis encuadernar la colección, para la que ya hemos hecho unas tapas preciosas, es conveniente calquéis el dibujo.

PALABRAS CRUZADAS



LA ESTRELLA



Con estas once piezas hay que formar una estrella de cinco puntas.

INDICACIONES DE PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1. Plantas de flores.—8. Tiempo de verbo.—15. Tiempo de verbo.—16. Apéndice capilares.—17. Pueblo de Madrid.—18. Planta del Malabar.—19. Adorno.—20. Propio de la mejilla.—21. Pueblo de León.—23. Tiempo de verbo.—24. Tiempo de verbo.—25. Concluir, arreglar.—27. Contracción.—28. Lia.—29. Residuo.—30. Letra.—31. Letra.—32. Vara.—35. Edificio.—38. Adverbio antiguo.—39. Coger.—41. Arbol del Senegal.—42. Pueblo de Palencia.—45. Movimiento del mar.—48. Denuncia.—51. Príncipe indio.—52. Colorear.—53. Molusco.—54. Tiempo de verbo.—56. Cinturones especiales.—58. Dar gusto.

VERTICALES

1. Cabos de una cuerda.—2. Despide olor.—3. Tiempo de verbo.—4. Tiempo de verbo.—5. Pueblo de Santander.—6. Conjunción antigua.—7. Flaco.—8. Hecho acción.—9. Té chino.—10. Adorno.—11. Estado indostánico.—12. Marca de automóvil.—13. Departamento.—14. Tiempo de verbo.—22. Una goma.—23. Arreglar un barco.—26. Nota musical.—32. Tubérculo.—33. Armario empotrado.—34. Verbo.—36. Tiempo de verbo.—37. Tiempo de verbo.—39. Tiempo de verbo.—40. Territorio junto al Rhin.—43. Apellido.—44. Cogido.—46. Extraer.—47. Verbena.—49. Ave de rapiña.—50. Paquete de paja.—55. Tiempo de verbo.—57. Prefijo.—59. Tiempo de verbo.

COLABORACION PINOCHISTA

CHISTES



La señora.—Tenga dos pesos y tráigame del almacén un peso de azúcar y otro de yerba.
El mucamo.—Muy bien, señora.
La señora.—¿Pero no me trae lo que mandé?
El mucamo.—No, señora. Entreveré la plata y no sé cuál es el peso para el azúcar y el peso para la yerba.
SANTOS CHIQUIAL.
Doce años. Montevideo.



—¡Oye, Juanito! ¿A que no sabes en qué se parece una manga de riego a un tabernero?
—¿...?
—Pues en que los dos echan agua.
GABRIEL MONGE.
Nueve años. Madrid.



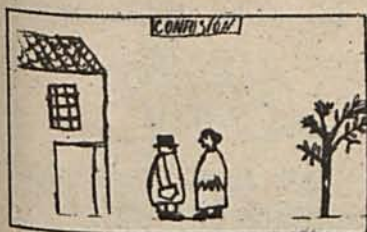
—Papá, a que no sabes en qué se parece mi escuela al mar.
—No, hijo; no lo sé.
—Pues en que hay peces y besugos.
JOSÉ M.^a BÁRCENA.
Once años. Santander.



El de la izquierda.—Mira, mi bastón termina en asta.
El de la derecha.—Pues el mío en... hasta que se termine.
FERNANDO MONTOYA.
Doce años.



Don Turulato.—¡Currinche! Como ves, ya tengo terminados los cuatro actos de mi tragedia y aún no sé cómo matar al protagonista.
Currinche.—Pues muy sencillo. Léale usted los cuatro actos.
ANTONIO MACIÁ.
Trece años. Alicante.



La mujer.—Oiga, caballero; ¿tengo el gusto de hablar con usted o con su hermano?
El hombre (que se está oliendo el sablazo).—Señora, usted tiene el gusto de hablar con mi hermano.

RAMÓN CÁNOVAS.
Diez años.



Currinche.—¿Le digo un colmo, Don Turulato?
Turulato.—Bueno, Currinche.
Currinche.—Pues, ¿cuál es el colmo de un jinete?
Turulato.—No lo sé.
Currinche.—Hacer andar a un caballón.
FRANCISCO DURRÁN.
Trece años. Almería.



Entre ciegos:
—¿Dónde vas?
—Voy a ver la hora que es.
ENCARNA DEL VILLAR.
Trece años. Madrid.



Entre estudiantes:
—Oye, ¿cómo está Fernando de su enfermedad?
—Está mejor; el médico ha dicho que tiene que seguir su curso.
—¡Pobre chico! ¡Qué castigo!
PEDRO GUAL.
Once años. Barcelona.



La niña del carro.—Pero ¿eres tú, Dorotea?
La niña pobre.—La misma que viste y calza.
PEPITA VILLAR.
Nueve años. Madrid.



En los baños:
—Fíjate qué bien hace este señor el salto del ángel, y, sin embargo, qué malo es.
SANTIAGO PERNAU.
Diez años. Barcelona.



—Oye, Pedrito; ¿qué estás regando?
—Arroz.
—¿Y con qué lo riegas?
—Con leche, que me gusta mucho.
FRANCISCO CABRERO.
Doce años. Santander.



—¿Por qué el reloj no llega nunca a dar trece campanadas?
—Porque el trece es mal número.
EDUARDO BLANCHEY.
Trece años. R. Argentina.



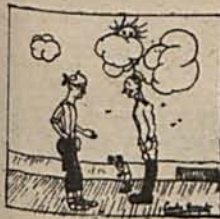
—Vamos a ver. ¿Cuántos artículos hay?
—Pues hay... pues hay... las patatas..., los garbanzos..., el pan...
—Pero ¿esos son artículos?
—Sí, señor; artículos de primera necesidad, como dice mi papá.
JUAN CUBAS ALFARO.
Trece años. Las Palmas.



Luisito (que se le ha roto la pelota).—¡Yo tengo un agujeroooo!!
El ama.—¿Dónde tienes el agujero, pues?
Juanita.—Lo tendré en la tipa, chacha.
FERNANDO G. GUIJARRO.
Nueve años. Madrid.



—¿Tienes ahí dinero?
—Hombre, no.
—¿Y en casa?
—Todos buenos, gracias.
T. MARTÍNEZ MARÍN.
Trece años.



—Oye, Juan; ¿en qué se parece cuando llueve a un chat cuando lo tira Carmelo?
—Pues en que es un chat-vasco.
CARLOS QUESADA.
Madrid.



—Vaya hinchazón, Pepino.
—Calla, besugo; no es hinchazón, es que mi padre me ha dicho que no coma a dos carrillos.
MANUEL FLÓREZ.
Trece años. León.



—Aquí, donde usted me ve, mi capitán, he cantado delante de muchos reyes.
—¿Dónde ha sido eso?
—En la plaza de Oriente de Madrid.
MARÍA HALCÓN.
Doce años. Sevilla.



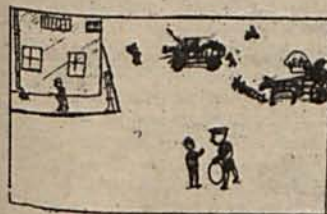
—¿Será ese Aladino?
—¿Por qué lo dices?
—Porque lleva una lámpara maravillosa.



ENCARNACIÓN MATEO.
Trece años. Valladolid.



—¡Papá! ¿A que no sabes por qué soy yo un gran jugador de fútbol?
—No sé, hijo mío.
—Pues porque soy travieso.
C. Q.
Madrid.



—Oye, Luisin; ¿a que no sabes cuáles son los hombres que más pronto envejecen?
—¿...?
—Los aviadores, pues suben jóvenes y bajan a... vuelos.
GERARDO P. DE CAMINO.
Doce años. San Sebastián.

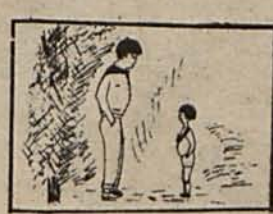


El niño (haciendo pompas de jabón).—Mira qué bonito.
El chico del portero.—Parece mentira, qué cosas inventan.

F. G.
Madrid.



El colmo de este Pinochín es ponerse verde y soltar piñas.
JOSÉ AMIGUEY.
Once años. Teatín.



—Di, Luisin. ¿Quiénes son más poderosos, los europeos o los egipcios?
—Los europeos, porque se fuman a los egipcios.
J. RODRÍGUEZ.
Once años. Bimeda.



—Careces de dulzura en tus modales.
—Ahora, que hay quien pueda tener dulzura. ¡Con lo caro que está el azúcar!
E. F. B.
R. Argentina.

Regalos mensuales a los suscritores.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Febrero.	Marzo.	Abril.
Primero. 25 ptas. en dinero.	D. Gonzalo Arnáiz. Madrid	Srta. Nieves Montoya. Vitoria	Srta. Maria del Pilar Gallo. Santander.
Segundo. 15 ptas. en libros.	» Luis Martinez. Bóveda (Alava).	D. Manuel Trujillano. Aranda (Bilbao)	» Amelia Rufino. Gandía.
Tercero. 10 ptas. en libros.	» Joaquín León del Pino. Málaga.	» Celso Barrutia. Cazorla	D. Carlos Marcos. Cangas de Tineo.
Cuarto. 5 ptas. en libros. . .	» Anibal González. Sevilla	» Manuel Saavedra. Badajoz	Srta. Amelia Aranda Sins. Zaragoza.
Quinto. 3 ptas. en libros. . .	» Manuel Guerrero. Madrid	Srta. Jarita Alonso. Pimentel (Valladolid)	D. Mauro Alonso. Vigo.

Regalos permanentes a los suscriptores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, **al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento)**, los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
 - 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
 - 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
 - 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
- sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de **PINOCHO**, calle de Valencia, 28 Madrid.

Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscriptores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

CORRESPONDENCIA

Trini, Charo, Carmen Gros.—Mis queridísimas amiguitas: He recibido vuestros magníficos dibujos, los cuales me han llenado de profunda satisfacción. ¡Qué holandés el de Trini! ¡Qué pollitos más deliciosos los de Charo! ¡Qué amiguita Rosa, tan bonita, la retratada por Carmen! Todo es verdaderamente maravilloso y todo, como es justo, se publicará.

Carmen Ramos Guebós.—[Tanto tiempo esperando tu obra! Por fin me llega hoy en la gran figura de Don Simón, el cual ha causado aquí una gran impresión. No tendré que decirte que tu obra, por buena, aparecerá en PINOCHO.

Juan Serrano Muñoz.—No puede ser. ¡Tinta negra!

Jaime Pinós.—Me gustan mucho tu reloj, tu barco velero y la luna. Pero no puedo publicarlos. Como a Juan Serrano, se te olvidó retintar los dibujos.

Hay que emplear la tinta, y muy negra, Jaime.

F. Campo.—Recibo tu estupendo dibujo. Puedes mandarme cuantas reseñas de partidos quieras. También, asimismo, crónicas deportivas. Eres listo, eres grande, eres incommensurable, y yo, por mi parte, soy magnánimo y generoso.

Jesús Rodríguez Espina.—Supongo en tus manos los números que me pedías en tu saladisima carta. Ya sabes que yo no me niego a los requerimientos que se me hacen. Todo lo contrario. Siempre estoy dispuesto a servir a los Pinochlistas, máxime cuando estos son, como tú, excelentísimos.

Marieta Pinlés.—¡Qué pena, Marieta! No puedo publicar tus magníficos dibujos. Son éstos, como digo, estupendos, maravillosos, colosales. Tu hermanito está hablando y el jarrón de tu cuarto, tan florido, es una delicia. ¿Pero por qué, dime, me has hecho estos dibujos con lápices de colores y no a tinta, como tengo ordenado? ¿Cuánto lo siento, simpatiquísima Marieta! ¿Cuánto lo siento! Deseo que me remitas nuevos dibujos tuyos (eres, desde luego, una gran artista), pero a tinta. ¿Comprendes?

Han gustado mucho tus obras a Pirula, Anita, Don Turulato, Currinche y Morronguís, quienes me encargan sus recuerdos.

Javier Gómez Amezua.—He recibido tu simpática carta, juntamente con tu

dibujo, en el cual me pones como indio. Muy bien. Lo publicaré a la mayor brevedad posible.

Anita te devuelve, multiplicados por tres, los millones de abrazos, y Pirula, Currinche, Don Turulato, Morronguis, Potipán, Cañamón, etc., etc., te envían sus recuerdos.

Antonio Domínguez Sancho.—Puedes remitirme cuantas crónicas deportivas se te ocurran escribir. Estoy dispuesto a publicar todo; pongo a disposición de mis Pinochistas, como sabes, toda mi revista. ¿Conformes?

Angel Saraluce y Goñi.—No puedo publicar tu dibujo, aun tratándose de una obra maestra. ¡Tinta negra!

Antonio Piqué y Berdagá.—Para escribir cuentos en PINOCHO, para publicar en éste dibujos, chistes, historietas, bastará que me remitas, con cada trabajo, su cupón correspondiente de colaboración.

Penalty. — Sigo recibiendo tus crónicas deportivas y tus dibujos. Como ves, sigo publicando todo cuanto viene de tus manos. ¿Qué tal en Guantánamo, Penalty? El día que tenga lugar, dos horas libres, me llegaré por ahí.

Recibe saludos de Pirula, Anita, Currin-
che, Don Turulato, Morronguis, Potipán,
Cañamón, etc., etc.

Consuelito Alonso.—He recibido tus simpatísimos trabajos. Entregué tu carta a Pirula, quien te promete los tapetitos que la pides. Ahora que no saldrán, desde luego, tan pronto como tú deseas. Pero saldrán

Un abrazo de Anita, muy apretado, y otro de Pirula, no menos apretado.

Juan Almendro López.—Tus pasatiempos me encantan. Pero no puedo publicarlos. Ahora —¡lo he dicho tantas veces!— los pasatiempos los hacemos Pirula y yo.

Angelita Adrián.—Recibo tus estupendos trabajos. Admitidos.

Pedro Dalmau Santos.—¿Y el cupón?

Antonio Sepúlveda Santelices.—Bueno, Pero no publicaré más que tres dibujos tuyos, los correspondientes a los tres cupones que acompañan tu carta. Las demás cosas, como comprenderás, no puedo publicarlas.

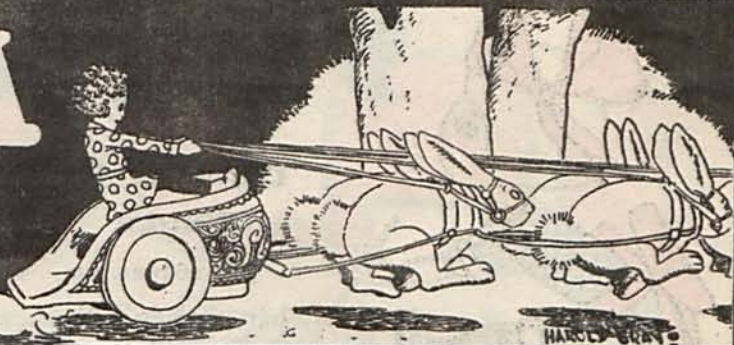
Recuerdos de Morronguis, Don Turulato, etc., etc., etc.

A mis colaboradores.

Queridos Pinochistos: Pirula y Morronguis están locos, verdaderamente abrumados con tantos dibujos, cuentos, chistes e historietas como llegan a esta redacción mensualmente, semanalmente, diariamente. ¡Es imponente! Tanto, que para no acumular más trabajos, dejo de insertar en este número el cupón de colaboración, el cual aparecerá nuevamente apenas hayan salido en estas páginas todos los dibujos, cuentos, chistes e historietas atrasados. Creo ésta una medida acertada que beneficia a todos, impidiendo, a la vez, que Pirula y Morronguis, mis fieles ayudantes, puedan perder la razón, ahogados en el mar de vuestros trabajos.

ANITA

BUEN-CORAZON



HAROLD GARY

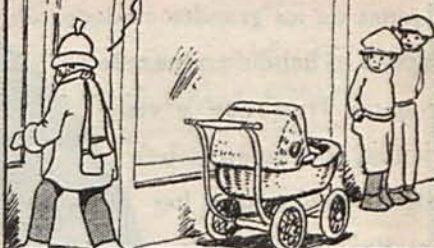
AJAJÁ. AHORA NOS DAREMOS UN PASEITO POR EL SOL, FIFI Y YO



¡CARAMBA! EN ESTA CONFITERÍA DAN DOS PIRULIS POR CINCO CÉNTIMOS ¡MENUDA GANGA! Y TIENEN CARA DE ESTAR MUY RICOS



A MI NO ME GUSTA DERROCHAR EL DINERO, PERO, LA VERDAD, CUANDO SE ENCUENTRA UNA GANGA COMO ESTA.....



DEME USTED DOS PIRULIS DE ESOS QUE ANUNCIABA USTED EN EL ESCAPARATE



¡CIELOS! ¡SE HAN LLEVADO A FIFI CON COCHE Y TODO.



¿QUÉ VEO? AQUELLOS ESTÁN AHOGANDO A MI MUÑECA.



¡MÍRALA, COMO NADA!

¡Y HACE LA PLANCHA Y TODO!



¡MENUDO BAÑO HA TOMAO!

¡ESO ES BUENO PA LA SALÚ!



TOMAD, SIN VERGÜENZAS, PARA QUE OS RIAIS DE FIFI.



ESTO ME SERVIRÁ DE LECCIÓN. NO VOLVERÉ A DEJARTE SOLA, FIFI



¡DIOS MIO! ¡CON TAL DE QUE MI MUÑECA NO COJA UNA PULMONÍA CON EL REMOJÓN!



TE PONDRÉ A SECAR EN EL RADIADOR ¿TE SONRIES? ¡QUÉ MUÑEQUITA TAN BUENA ES MI FIFI!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1934, by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

¿Vosotras habéis viajado? No mucho, ¿verdad?
¡Claro! Todavía

no habéis tenido tiempo de recorrer mucho mundo.

Sin duda, habéis estado en el campo, en la sierra o en el mar; a lo mejor, habéis visitado ya algunas de las grandes ciudades de España, o habéis traspasado la frontera francesa y visto Hendaya; ¿quién sabe? Alguno de vosotros, habrá llegado hasta París; otros han cruzado ya el Atlántico y han estado en América, o son de América y han venido a España.

Lo cierto es que me daréis la razón, si os digo que viajar es una de las distracciones más bonitas, más interesantes y más instructivas que existen; pero cuanto más se viaja, más se convence uno de que casi todas las ciudades se parecen bastante unas a otras. Que las calles son más o menos anchas y las casas más o menos altas; que hay muchos o pocos automóviles y tranvías, y que hace sol o cae nieve; total, en el fondo, «todo es uno y lo mismo».

Sin embargo, hay por el mundo algunos países completamente distintos de todos los demás; por ejemplo, el Japón, donde las casas son de papel y los árboles enanos; la India, con sus pagodas misteriosas. Pero no es preciso ir tan lejos en busca de originalidad. Sin salir de Europa, tenemos algunas ciudades que si las vierais os dejarían realmente estupefactos, pues en ellas las calles son ríos.

Así sucede en Amsterdam, que es la capital de Holanda, y así sucede en Venecia, que es una de las más bellas ciudades de Italia, un país tan bonito, tan bonito casi como... España, porque más, no me negaréis que no es posible que lo sea ningún país del mundo.

Pues bien: en Venecia, cuando se quiere ir de un sitio a otro, en lugar de tomar un «simón» o un «taxi», de subirse a un tranvía o a un autobús, o de internarse en los subterráneos del «metro», se va en

unas lanchas de una forma sumamente graciosas y que se llaman góndolas.

Estas góndolas se deslizan suavemente sobre el agua, conducidas por un remador que es el gondolero.

Ya sé que todo esto lo sabíais perfectamente, pero quizá no se ha dado todavía la casualidad de que veáis ninguna góndola veneciana con su gondolero.

Para que os hagáis cargo de cómo son, os he dibujado una, y este dibujo, como todos los que os presento, tiene una finalidad práctica: es un precioso motivo para bordarlo a punto de Richelieu y adornar con él un estor, un visillo, un almohadón, etcétera, etc.

Podéis reproducirlo en blanco, sobre viso de color, o en colores, sobre viso negro, según para lo que sea.

Pato de tela recortada.—Este pato, fácil de reproducir con trocitos de tela de varios colores—verde, azul, amarillo y rojo—, constituirá un bolsillo encantador o un adorno para vuestros delantales.

